

4 **Haití: Tragedia y esperanza**
 El terremoto de Haití produce dolor y solidaridad en los pueblos de América. La Biblia promete un nuevo día sin desastres naturales.



5 **Sección Especial**
Reflexión de Semana Santa
 Jesús recorrió el camino hacia el Calvario, para que tú y yo podamos recorrer el camino hacia el cielo.



AL SERVICIO DE LA FAMILIA, LA SALUD Y LA FE

EL CENTINELA

**¿QUÉ SIGNIFICA
 JESÚS PARA TI?**

**Jesús el Camino,
 la Verdad y la Vida**
 Ver página **2**



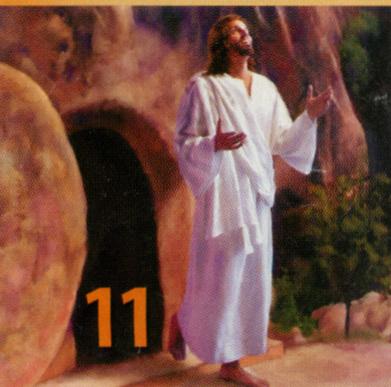
El Camino, la Verdad y la Vida

MIGUEL A. VALDIVIA

En materia de fe, los creyentes no podemos exigir que otros crean como nosotros, tampoco podemos dejar de decir lo que creemos con todo el corazón.

EN ESTE NÚMERO

- 5 EL CAMINO A JERUSALÉN
- 6 CAMINO AL TEMPLO
- 7 CAMINO AL APOSENTO ALTO
- 8 CAMINO AL GETSEMANÍ
- 9 CAMINO AL JUICIO
- 10 CAMINO A LA CRUZ
- 11 CAMINO AL PADRE
- 12 CAMINO A EMAÚS
- 13 CAMINO AL CIELO



A lo largo de los años, esta revista ha dedicado parte de su número anual de marzo o abril al tema general de la Semana Santa. Hoy día, en medio de una sociedad que desconfía de todo y lo cree todo, algunos se preguntan por qué los cristianos seguimos insistiendo en la singularidad de Cristo.

En una reunión reciente de líderes cristianos, dos filósofos reconocidos hicieron varias presentaciones sobre el pensamiento posmoderno. En una sesión abierta, se les preguntó si ellos creían que Jesús era un personaje único. “Sí —dijeron— pero también lo son los líderes de otras religiones. La condición única de Jesús no difiere de la de otras figuras religiosas importantes”. Muchos creen que esta igualdad es esencial para el diálogo entre las religiones.

El deseo de respetar la religión ajena es positivo. El problema es que la Biblia misma no nos permite colocar a Jesús en un plano de igualdad con otras figuras religiosas. Más bien nos obliga a considerar a Jesús como el Hijo de Dios en quien habita la plenitud de la Deidad (Colosenses 2:9); totalmente divino y totalmente humano, el único camino a la salvación.

En San Juan 14:6, Jesús mismo declaró: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”. Si queremos descubrir cómo Dios actúa en el mundo y en la historia, tenemos que acudir a Jesús. El extraordinario prólogo al libro de San Juan declara: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (S. Juan 1:1). Más adelante añade: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (versículo 14).

La implicación natural de la afirmación de Jesús como “el camino” es que no todos los caminos conducen a Dios. No admite el concepto moderno de una espiritualidad interna, de un enfoque

místico en los ángeles u otros seres sobrenaturales o históricos. Jesús es nuestro camino y modelo (ver Filipenses 2:5-8).

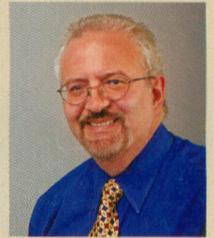
Jesús también es la verdad, incluso en un mundo de verdades que compiten por validez. Según la Biblia, la verdad que está en Jesús no se trata de nociones abstractas o teóricas, sino de la persona propia de Jesús. Conocer la verdad depende de una relación con Jesús, porque Jesús es mucho más que un profeta o testigo de Dios; él es Dios mismo. Por eso es que la obra primordial del Espíritu Santo es dar testimonio de Jesús (S. Juan 15:26).

Los grandes líderes religiosos de la historia han hablado verdades, pero Jesús “es” la “Verdad” de Dios.

Hebreos nos dice: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (Hebreos 1:1).

La persona moderna ha llegado a creer que todo responde a la interpretación del individuo, que no existe una verdad absoluta. La Biblia enseña que algunas creencias y convicciones, por sinceras que sean, no son verdad. Esto lo decimos con humildad, porque los cristianos no somos la fuente de esta verdad, sino que nos fue dada a todos los seres humanos como un regalo del Cielo.

Jesús, como el único Hijo de Dios, invita a toda la humanidad a participar de la vida de Dios. Esta vida depende de una relación con él; una relación que se manifiesta en el amor hacia Dios y hacia otros seres humanos. Juan declaró: “Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:11, 12).



El autor es director de EL CENTINELA.

Haití: Tragedia y esperanza

ALFREDO CAMPECHANO

Al Servicio de la Familia,
la Salud y la Fe

Año 114 — N°4

Nuestra misión es exaltar a Jesucristo como el Salvador de la humanidad y el Rey que pronto vendrá, mediante la exposición de las verdades eternas de las Sagradas Escrituras.

Revista mensual ilustrada, publicada por la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Gerente General

Lic. Dale Galusha

Director

Dr. Miguel A. Valdivia

Redactor

Dr. Ricardo Bentancur

Diagramador

Steve Lanto

Asistente Editorial

Dra. Diane de Aguirre

Director de Promoción

Lic. Carlos Camacho

Circulación

Warren Riter

Interamérica

Dr. Pablo Perla

Secretaría Editorial

Karen Carrillo

CORRESPONSALES:

Canadá

Héctor Jurado

Estados Unidos

Juan Acosta, Eradio Alonso, Eddie Canales, Ramón Canals, Ernesto Castillo, Jorge Mayer, Carmelo Mercado, Dionisio Olivo, Rubén Ramos, Jorge Soria.

Puerto Rico

Joel Almaguel, Pedro Canales, Héctor Matías, José A. Rodríguez, David Rodríguez.

Suscripción anual, dólares 12,49. Número suelto, US\$1,50. Agregar cuatro dólares para el franqueo de suscripciones enviadas desde la editorial a países fuera de los EE. UU.

Para cambios de dirección o reclamos sobre la circulación en los Estados Unidos y Canadá, escribir a:

**EL CENTINELA, P.O. Box 5353,
Nampa, Idaho 83653-5353,
o llamar por teléfono a: 1-800-545-2449**

A menos que se lo indique de otra manera, las citas bíblicas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera, revisión de 1960.

PORTADA: © SERMONVIEW.COM

www.pacificpress.com

Copyright © 2010, by
Pacific Press® Publishing Association

Una nube de polvo flota sobre la ciudad destruida, la gente ensangrentada vaga sin rumbo entre los muertos. De los escombros brotan lamentos que erizan la piel. Las madres lloran a sus hijos perdidos. Los huérfanos llaman a sus padres, y les responde el silencio. Las ratas mordiquestequean los cadáveres. No se trata de alguna escena del infierno extraída de *La Divina Comedia*,¹ sino de una descripción de los efectos del terremoto de Haití.

El terremoto

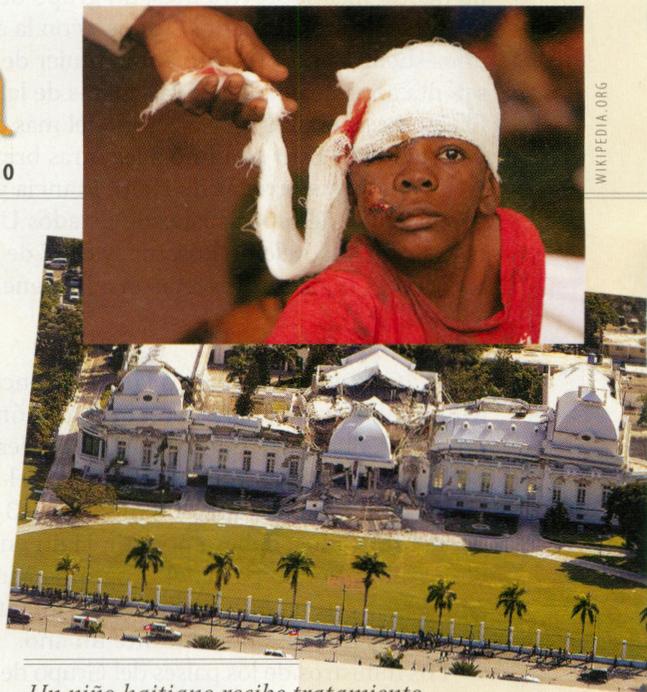
Haití, el país más pobre de América,² sufrió el 12 de enero de 2010, a las 4:53:09 de la tarde, un terremoto de 7 grados en la escala de Richter. El epicentro fue ubicado a quince kilómetros de Puerto Príncipe, la capital del país. Hubo varias réplicas. El palacio presidencial, la sede de las Naciones Unidas en el país, la catedral nacional y algunos hospitales y escuelas se derrumbaron.

Esta fue la noticia con la que se despertó el mundo el 13 de enero, pero los informes posteriores fueron escalofriantes. El 70 por ciento de Puerto Príncipe estaba en ruinas.³ La cercana ciudad de Léogane casi había desaparecido.

Las víctimas

Los muertos por el terremoto pasaron de 150 mil, y los heridos fueron más de 250 mil. Los hospitales se llenaron, pero en algunos no había médicos. Al menos 110 mil menores de 18 años resultaron con lesiones o fueron mutilados. No había antibióticos ni tiempo para atenderlos. En Haití el 35 por ciento de la población es menor de 15 años.

Algunos perdieron toda su familia. Los presos escaparon de la cárcel, y unos pocos robaron y saquearon. Entretanto, ardían los cadáveres no reclamados, otros eran



Un niño haitiano recibe tratamiento médico en una de las bases de rescate.

El Palacio Nacional quedó en ruinas.

enterrados en fosas comunes. Desde lo alto, helicópteros estadounidenses arrojaban víveres.

La fuerza de paz de las Naciones Unidas, que integran 17 países, también sufrió pérdidas humanas, al menos 11 brasileños y un argentino. Unos 16 funcionarios murieron, y 56 resultaron heridos, informó el Secretario General Ban Ki-moon.⁴

La solidaridad

Casi todos los países latinoamericanos y europeos, la Cruz Roja Internacional, la Secretaría General Iberoamericana y el Banco Interamericano de Desarrollo, enviaron dinero, alimentos, voluntarios, bomberos, médicos, expertos y perros especializados en rescate. El presidente de Estados Unidos, Barack Obama, envió barcos, médicos, equipos de socorro y miles de soldados. Brasil preparó ocho aviones con asistencia humanitaria y más de 15 millones de dólares. El Banco Mundial prometió asignar 100 millones de dólares adicionales para Haití.

Los milagros

Se juntaron cerca de 1.800 rescatistas de todo el mundo. Una semana después, cuando se creía que no habría más sobrevivientes, un grupo de especialistas mexicanos llamados “topos”, con la ayuda de unos sudafricanos, rescató a una mujer de unos setenta años de edad, bajo las ruinas de la catedral. El rescate se realizó en el sector 8, el más peligroso de la ciudad.⁵ Esto reanimó a las otras brigadas. El 20 de enero, socorristas de Haití, Francia y Turquía, con el apoyo de especialistas de Estados Unidos, rescataron a Hoteleine Losama, y el 27 de enero, socorristas franceses rescataron a Darlene Etienne.⁶

La reconstrucción

El 26 de enero se realizó la Conferencia de Montreal, Canadá, para la reconstrucción de Haití. Entonces, el primer ministro haitiano, Jean-Max Bellerive, dijo: “La reconstrucción tras el sismo que produjo más de 150.000 muertos y 3 millones de damnificados, deberá poner a Haití en la vía del desarrollo”. Por su parte, el Programa Mundial de Alimentos estima que tendrá que alimentar a unos 2 millones de haitianos durante un año.

Los ministros de los países del Grupo de Amigos de Haití, (Argentina, Brasil, Canadá, Chile, Costa Rica, Francia, México, Perú, Estados Unidos y Uruguay), la República Dominicana, la Unión Europea, España y Japón, y representantes de la OEA, el Caricom, el Banco Mundial, el FMI y el Banco Interamericano de Desarrollo, se propusieron ayudar a reconstruir a Haití en un plazo máximo de diez años, respetando su soberanía, su pueblo y su gobierno.⁷

El porqué del terremoto

La tierra, bajo la superficie, es algo así como un gigantesco rompecabezas, con piezas que generalmente encajan ajustadamente entre sí. El problema se crea cuando estas placas se desplazan. Haití se encuentra en la placa del Caribe. El 12 de enero, la placa de Norteamérica se desplazó y empujó la placa del Caribe, por eso tembló en Haití.

Por supuesto, los terremotos no son obra de Dios. “Dios es amor” (1 Juan 4:8). Sin embargo, hay quienes atribuyen esta catástrofe a una combina-

ción perversa: la maldad haitiana y la ira divina. Según ellos, el diablo pareciera no enojarse. Es Dios quien aparece como el despiadado destructor. Pero al referirse a la maldad, Cristo aclaró: “Un enemigo ha hecho esto” (S. Mateo 13:28). Ni los haitianos son más pecadores que los habitantes de otros países, ni Dios se ensañó con Haití. La realidad es que el mundo físico está en agonía, y la acción de los demonios agrava su condición. Pero el mundo no será destruido por una catástrofe natural.

El último rescate

Cristo dijo que los terremotos serían avisos de su retorno en gloria. “Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos” (S. Mateo 24:7). Un día Cristo vendrá y llevará a quienes lo amaron adonde no hay desastres. En ese lugar, donde vive Dios, viviremos felices. Esta es su promesa: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor” (Apocalipsis 21:4). Nunca más diremos lo que dijo Elisabeth Preval, la primera dama de Haití: “Camino por encima de cuerpos sin vida”.⁸ En cambio, celebraremos la victoria de Cristo, quien nos rescató de los escombros de este mundo en ruina física y moral. “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (S. Lucas 19:10). Entonces vamos a sonreír, como el niño haitiano que al ser rescatado, extendió sus brazos y sonrió a la vida mientras la multitud lo aclamaba.

El autor es un escritor y poeta que contribuye frecuentemente para EL CENTINELA. Escribe desde Ogden, Utah.

1. *La Divina Comedia* es una obra de ficción de Dante Alighieri, quien describe un imaginario viaje por el infierno y el purgatorio, y su arribo al cielo.
2. Haití es el país más pobre de América. Más de la mitad de sus diez millones de habitantes vive con menos de un dólar al día. La tasa de mortalidad infantil es de 60 niños por cada 1.000 nacimientos. Ante la delicada situación del país, en 2004 la ONU estableció una misión de estabilización.
3. http://www.iarnoticias.com/2010/secciones/latinoamerica/0005_haiti_100mil_cadaveres_14en10.html
4. <http://elmercuriodigital.es/content/view/24496/290/>
5. <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2010/01/19/rescatan-topos-mexicanos-a-haitiana-de-70-anos-de-entre-los-escombros>
6. <http://www.20minutos.es/noticia/610407/3/>
7. www.abc.es/.../compromiso-mundial-haiti-mientras-201001260259.html - Cached
8. http://www.iarnoticias.com/2010/secciones/latinoamerica/0005_haiti_100mil_cadaveres_14en10.html



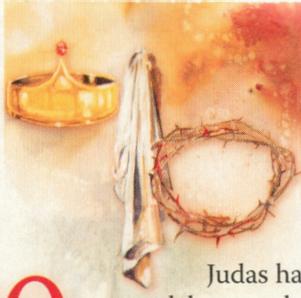
Izquierda: Rescatan a una mujer de los escombros varios días después del sismo.

Derecha: Un médico trata a un pequeño paciente en un barco hospital.

Extrema derecha: Helicópteros traen agua de barcos anclados cerca de la costa el 15 de enero.



El camino a Jerusalén



El camino a Jerusalén, desde un comienzo, estuvo regado con sangre. Los discípulos, excepto Juan, habrían de morir violentamente. Judas había hecho un convenio de entregar a su Maestro a los príncipes de los sacerdotes. Luego, lleno de contrición y miedo al castigo divino, devolvió las treinta piezas de plata: el precio de un esclavo. Habría de derramar no solo sangre inocente, sino también la suya propia.

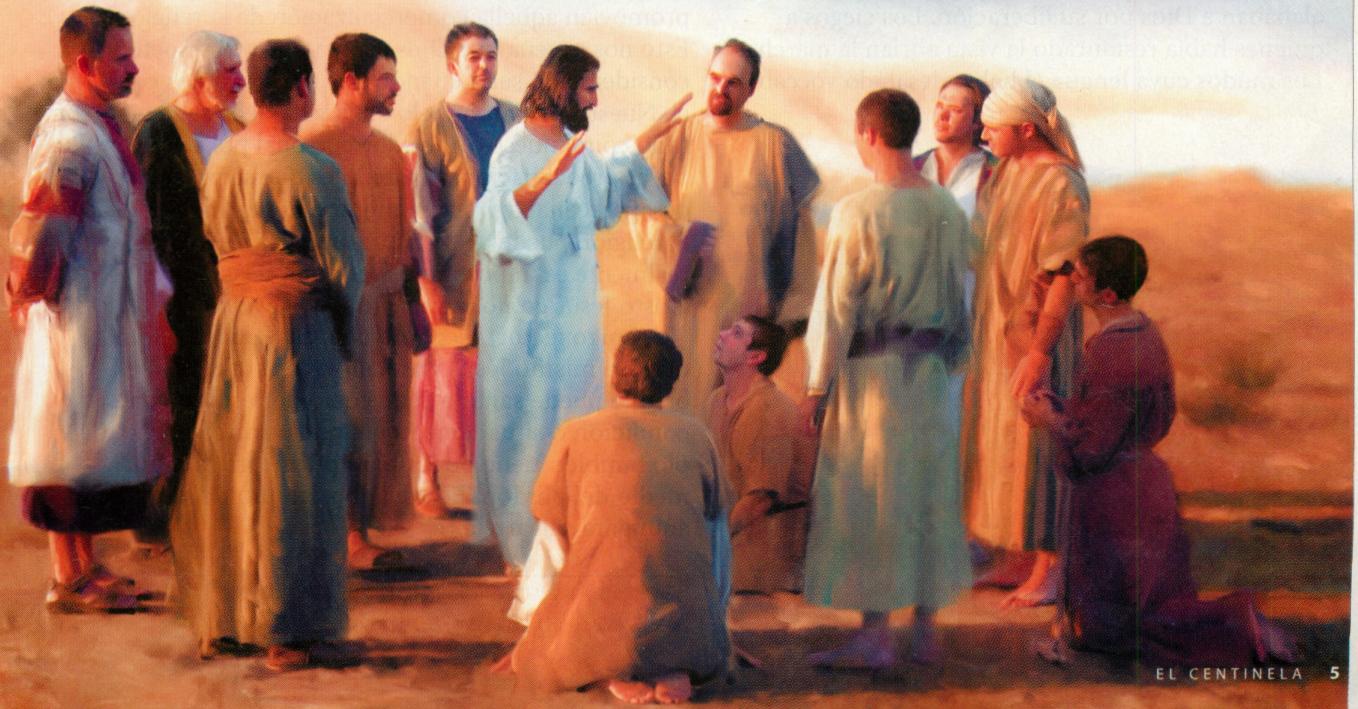
Un par de años antes, cuando Jesús estaba preparando a los discípulos para que salieran a predicar, un hombre que no había sido llamado se presentó con insistencia entre ellos. Era Judas Iscariote, un hombre que profesaba seguir a Cristo y que se adelantó ahora para solicitar un lugar en el círculo íntimo de los discípulos. Con fervor y aparente fidelidad declaró: "Maestro, te seguiré adondequiera que vayas". Jesús no lo rechazó ni le dio la bienvenida, sino que pronunció estas palabras tristes: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nido; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza" (S. Mateo 8:20).

Judas había dejado a su familia, porque calculaba que al estar al lado del futuro rey de Israel resolvería sus problemas financieros para siempre. Pero San Juan nos dice que Judas era ladrón (S. Juan 12:6). Judas quizá era el discípulo con defectos más visibles, pero los demás estaban llenos de contiendas y ambiciones. La Biblia dice que mientras caminaban hacia Jerusalén estaban apostando y discutiendo sobre quién de ellos sería el mayor (ver S. Lucas 9:46). Enfocados en pequeñeces, no advertían el significado de lo que sucedería en pocos días.

Los discípulos no eran muy distintos de nosotros hoy. Nosotros también luchamos con nuestras pasiones y defectos. Nosotros también vamos camino a Jerusalén sin comprender los portentos que allí pueden suceder. Seguimos ensimismados en nuestras luchas y contiendas, concentrados en el hoy sin contemplar el ayer ni pensar en el mañana.

En Jerusalén habría de ocurrir el desenlace de la historia humana. En la cumbre de una colina se habrían de enfrentar las fuerzas del bien y el mal. El amable Maestro que soportaba con paciencia las contiendas de sus seguidores, habría de revelarse como el remedio para todos los males de la humanidad. El simbolismo de la Pascua había encontrado su cumplimiento. Pronto el Cordero de Dios sería sacrificado. Jesús era el Cordero de Dios "que quita el pecado del mundo". El pecado de todos nosotros.

El autor es un ministro de la Iglesia Adventista y escribe desde Los Ángeles, California.





Camino al templo

Aquel que purificó el Templo de Jerusalén tiene poder para perdonarte.

Muchos sectores del cristianismo recuerdan la Semana Santa porque en ella se concentran los grandes acontecimientos en la vida de Jesús que probaron sin ninguna duda que él es el Salvador del mundo.

El primer día es conocido comúnmente como “Domingo de Ramos” e incluyó la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén en un asno. La Biblia dice que “muchos tendían sus mantos por el camino, y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían por el camino”.

Dice además: “Y los que iban delante y los que venían detrás daban voces, diciendo: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosanna en las alturas!” (ver S. Marcos 11:1-10).

Es difícil imaginarnos la energía y el tremendo impacto de aquella escena. Una escritora inspirada, Elena G. de White, dice lo siguiente: “Los cautivos que él (Jesús) había rescatado del poder de Satanás alababan a Dios por su liberación. Los ciegos a quienes había restaurado la vista abrían la marcha. Los mudos cuya lengua él había desatado voceaban

las más sonoras alabanzas. Los cojos a quien había sanado, saltaban de gozo y eran los más activos en arrancar palmas para hacerlas ondear delante del Salvador. Las viudas y los huérfanos ensalzaban el nombre de Jesús por sus misericordiosas obras para con ellos” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 526).

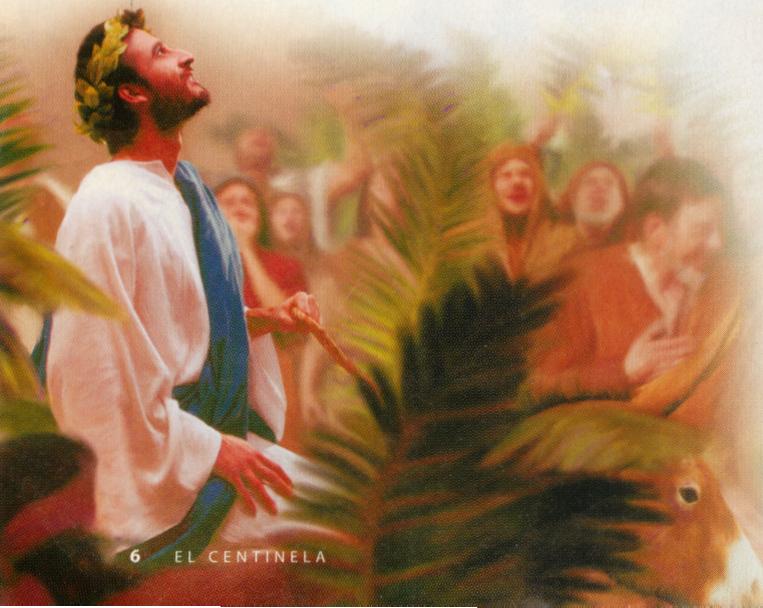
Pero era obvio que el propósito de Jesús no era meramente entrar a Jerusalén como un conquistador. Inmediatamente se dirigió al templo y allí realizó lo que conocemos como “la purificación del templo”, acto que había realizado al comienzo de su ministerio y que repite en esta ocasión. He aquí lo que dicen las Escrituras: “Entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones” (S. Marcos 11:15-17).

Lo invito a meditar brevemente en lo que este acto de Jesús nos enseña y los beneficios que tanto la gente de su tiempo como nosotros hoy podemos recibir.

Jesús sacó del templo a los cambiadores y negociantes, aunque los mismos dirigentes religiosos promovían aquella comercialización de la religión. Esto nos enseña que Dios espera nuestro respeto y consideración sería cuando nos relacionamos con él. Nuestro mayor anhelo en la vida debe ser aceptarlo como nuestro Salvador personal por encima de las preocupaciones materiales que se pasan y desaparecen. La práctica meramente formalista de la religión puede desviar nuestra vista de lo que realmente es importante: tener una relación con Cristo Jesús como nuestro único Salvador.

Amigo lector, recuerda en esta Semana Santa que ese mismo Jesús que sanó a tanta gente, también te puede sanar a ti de cualquier enfermedad, condición o situación. Aquel que purificó el templo también tiene poder para purificarte a ti por medio del perdón. El Salvador del mundo vino aquí para salvarte a ti.

El autor es pastor y administrador de las iglesias adventistas del séptimo día en la parte noreste de los Estados Unidos.



Camino al aposento alto

La última cena nos invita a la humildad y la reflexión.



Había llegado la hora de la Pascua, y Jesús envió a Pedro y a Juan a preparar el lugar donde comería con los discípulos su última cena. La hora del sacrificio había llegado.

Mientras estaban reunidos en derredor de la mesa, Jesús dijo en tono de conmovedora tristeza: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!” (S. Lucas 22:15).

La tristeza del Maestro contrastaba con la indiferencia de los discípulos. Jesús era consciente de la hora. Solo quien se acerca a la muerte asume su soledad. Y Jesús sufría. Pero el dolor tenía otra fuente que su muerte. Él sabía que sería abandonado en la hora de su entrega. Sabía que moriría en una cruz. Sabía por anticipado el camino de agonía y humillación que le esperaba. También sabía que su Palabra no se enmudecería. Pero no sufría por él. Sufría por sus amigos, a quienes dejaría solos.

La vida es una gran despedida. De niños, nos vamos despidiendo de nuestros padres a medida que crecemos. Y nuestros hijos se van despidiendo de nosotros a medida que se van poniendo grandes. Cada uno tiene sus propias despedidas. Solo quienes son conscientes de que un día ya no estarán juntos, aman con intensidad. Ahora, Jesús se estaba despidiendo de sus amados. Y porque el amor es la compensación de la muerte, habiendo “amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (S. Juan 13:1).

Cuando llega la última hora, cada segundo habla de eternidad. La gravedad de Jesús contrastaba con la liviandad de sus discípulos: “Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor” (S. Lucas 22:24). Ellos se aferraban a la idea de que Cristo iba a hacer valer su

poder y ocupar el trono de Israel. Y en su propia razón, cada uno anhelaba tener el puesto más alto en el nuevo reino. Se evaluaron entre sí unos a otros, y cada uno se juzgó a sí mismo como el más digno para ocupar el lugar a la derecha del rey.

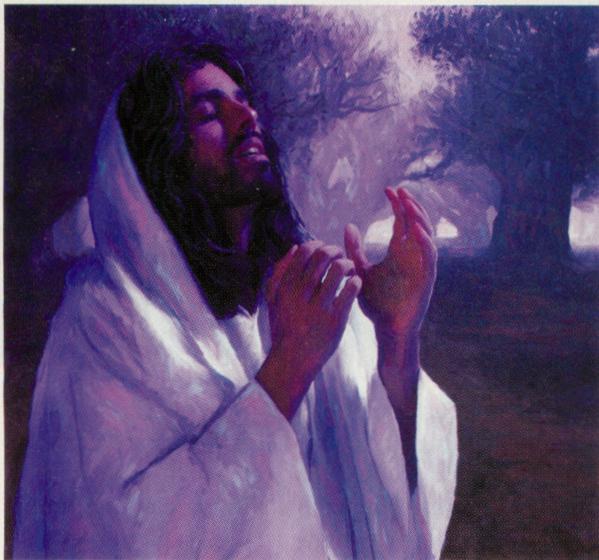
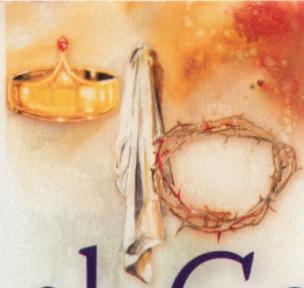
Como alguna vez escribiera Esquilo, es una especie de enfermedad natural de los poderosos no poder fiarse de los amigos. Jesús se fió aun de su traidor. Él había desechado el poder del mundo. Pero no sus discípulos. Aunque esto hería a Jesús, el Maestro sabía que esto era natural. Finalmente se trataba de seres humanos. Todos buscamos perpetuarnos de algún modo. Todos buscamos reconocimiento. Todos queremos dejar algo que nos recuerde. Pero corremos el riesgo de creer que el poder y la fama nos garantizan la eternidad. Los que más padecen esta tentación son los dirigentes políticos y religiosos.

Me he preguntado muchas veces si no es acaso esta enfermedad por la figuración y la fama el precio de vivir en una sociedad de consumo que todo lo desecha. Hoy, todo es desechable. También los valores. Y así buscamos la ilusión de figurar de cualquier modo y a cualquier precio. Nuestros abuelos jamás hubieran imaginado que existirían programas de televisión donde la gente ventilaría sus intimidades sin ningún pudor, y aun se auto incriminarían en graves delitos con tal de tener unos minutos de fama.

Y ahí estaba Jesús lidiando hasta el final con la seducción que el poder y la fama produce en los hombres. Entonces, “puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido” (S. Juan 13:5).

El autor es redactor de EL CENTINELA.

Camino al Getsemaní



Hace algún tiempo recorrí el camino entre Jerusalén y el Huerto del Getsemaní. De todos los lugares que pueden visitarse en la Tierra Santa, el Huerto del Getsemaní es uno de los que impresionan más profundamente. Allí, entre los olivos de retorcidos troncos centenarios, las flores ponen la nota alegre de su policromía. Allí, en ese lugar tan bello y colorido en medio de la aridez que lo circunda, el Maestro de Nazaret sufrió la crisis más profunda y conmovedora de cuantas hubo de pasar mientras estuvo en este mundo. Allí, en ese huerto, se desarrolló uno de los actos más intensos del drama de la lucha milenaria entre el bien y el mal.

Resulta curioso que el guía que nos había acompañado a cada lugar del recorrido por la Tierra Santa hasta entonces, ahora, al abrirnos el portón del jardín, apenado nos indicó que él, por ser judío, no habría de acompañarnos. Es que el Huerto del Getsemaní está para siempre vinculado con Jesús. Lo que el guía no sabía es que lo acontecido en ese huerto aquel jueves de noche nos afecta a todos por igual, sin excepción alguna. Allí Cristo, el Mesías judío y Salvador del mundo, fue singularmente capacitado para asumir su divina misión como el Cordero de Dios que quita el pecado del “mundo”.

La espantosa prueba comenzó el jueves por la noche, inmediatamente después que instituyera la Cena del Señor con sus discípulos. Un pesar mis-

Allí, abrumado por el dolor y la tristeza, Jesús decidió ofrecerse en sacrificio por ti y por mí.

terioso, como nunca había sentido, comenzó a sobrevenirle. “Mi alma está muy triste, hasta la muerte”, declaró (S. Mateo 26:38).

Cristo anhelaba algún consuelo humano, un gesto de compasión, pero sus discípulos se durmieron. Comenzó a sentirse aplastado por el peso terrible de los pecados de todo el mundo, incluso por anticipado: el Holocausto, las masacres de Kosovo, tantos más. La angustia del mundo comenzó a abrumarlo. Percibía, por primera vez en su vida, que el Padre se estaba separando de él. Por eso oró diciendo: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa” (vers. 39).

En ese momento sagrado comenzó a ser hecho plenamente pecado por nosotros (2 Corintios 5:21). La suerte del mundo entero temblaba en la balanza. ¿Decidiría Cristo beber la amarga copa? ¿O decidiría volverle la espalda a la agonía del infierno?

Tres veces brota la plegaria de su corazón destrozado. Luego, finalmente, resuelve seguir adelante con el plan. Significará para él la condenación absoluta, el mismo infierno, despedirse de la vida. Pero su amor por nosotros es tan grande que lo impulsó a tomar la decisión de ofrecerse como sacrificio supremo. Ese fue el momento de la verdad para el mundo. Y lo es también para nosotros.

Por todo esto sufrió Jesús en aquella noche de profunda crisis en el Huerto de Getsemaní. De ahí que su alma se sintiera triste hasta la muerte. Sobre su amante corazón gravitaron las angustias de los hombres a través de todos los siglos venideros y deseó, con un deseo que lo llevó a soportar la misma tortura, que los seres humanos, tú y yo, cuando los problemas nos opriman, seamos capaces de ir a él en busca del poder que solo él puede otorgar.

Amigo mío, amiga que lees, hay una sola respuesta justa que podemos darle a un amor así. Te invito, sin rodeos, a entregarle tu corazón, tu vida, en fin, todo lo que eres, desde hoy y para siempre.

El autor es director y orador del programa radiofónico mundial *La Voz de la Esperanza*, con sede en Simi Valley, California.



Camino al juicio

En aquella terrible madrugada Jesús había estado ante Anás, Caifás, el Sanedrín, Pilato y Herodes. Ahora volvía a Pilato. El plan del procurador romano de sacarse de encima al supuesto criminal había fallado, y sentía la más profunda frustración. Él no quería condenar a un inocente, pero tampoco quería contradecir a los dirigentes judíos.

La actuación de Pilato muestra que no se puede titubear entre la justicia y lo que es políticamente correcto. La justicia tiene un precio. Hay personas que no se comprometen con la verdad por cobardía o por las consecuencias políticas o económicas. Pero nadie puede quedar en un terreno neutral entre el bien y el mal, porque no existe ese terreno. El que no quiere meterse en el lío de aceptar a Jesús, se mete en un lío mayor. Quedar bien con el error y la mentira es quedar mal con la verdad y la justicia. Pilato quedó atrapado en la red de su vacilación cobarde. Comprometerse con el mal termina siempre en el desastre. Jugar con la injusticia trae consecuencias penosas.

Entonces Pilato usa otro recurso para liberar a Jesús. Era costumbre soltar a un condenado de ofensa capital en el día de una fiesta judía (S. Mateo 27:15). Pensó que entre Jesús y Barrabás, que era ladrón, asesino y sedicioso, el pueblo escogería al Nazareno. Pero Pilato seguía equivocado. Lo único justo hubiera sido liberar a Jesús y no darle al pueblo la posibilidad de escoger. Pero ante el clamor del pueblo de soltar a

Todavía Jesús exige una decisión tuya. O lo crucificas con tu rechazo, o lo aceptas como tu Salvador.

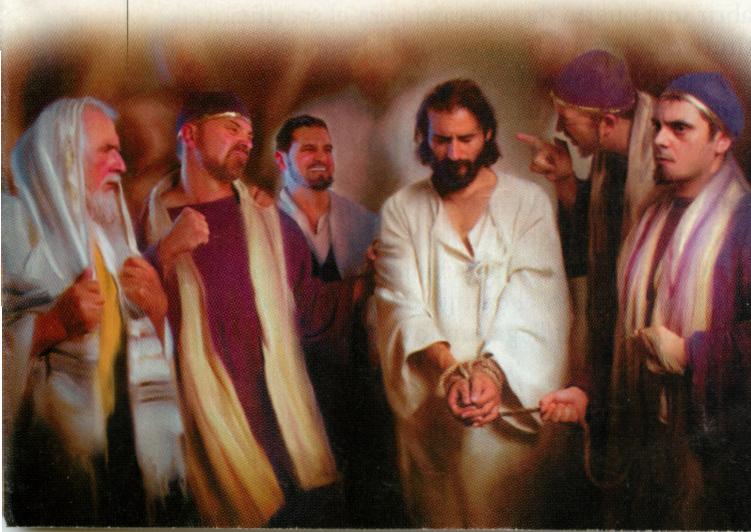
Barrabás, Pilato cedió. Entonces, mudo de frustración y miedo preguntó: “¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?” (S. Mateo 27:22). Esta pregunta tiene una aplicación personal para cada ser humano. Es la pregunta que el santo Padre del cielo nos hace a todos: “¿Qué harás con mi Hijo amado? ¿Qué harás con tu Salvador?” La mayoría tristemente lo rechaza. Otros no quieren comprometerse, pero no se deciden a seguirlo. Pero hay una minoría que lo acepta como su Dios, Rey, Abogado, Juez y Salvador. ¿En qué grupo estamos nosotros? La turba vociferó: “¡Crucifícale, crucifícale!”

¿Qué implicaciones tiene el juicio a Jesús? La respuesta es simple: Si él no era quien decía ser, entonces la vida no tiene sentido y estamos perdidos. Vivir es caminar en un callejón sin salida, un túnel donde no hay luz ni esperanza. El pecado no existe. El hombre es un animal. No hay Dios y solo vale la ley del más fuerte. No necesitamos recibir ni dar perdón. No hay Salvador ni salvación. No hay vida eterna y todo termina en el silencio de la tumba. No hay nada más que morir y quedar sepultados en la tierra del olvido.

Pero si él es quien dijo ser, entonces todo cambia. Hay Salvador y salvación. Hay salida del callejón y luz y esperanza al final del túnel. El pecado y la muerte existen, pero se nos otorga la gracia y el perdón por los méritos del Hijo de Dios, que murió por nosotros. Y vivimos expectantes por el cumplimiento de la bendita esperanza de la segunda venida de Cristo. Por la resurrección de nuestros seres queridos muertos. Por alcanzar la inmortalidad prometida en una tierra y en un cielo nuevos.

¿Qué harás, pues, con Jesús, llamado el Cristo?

El autor es pastor y evangelista. Escribe desde Silver Spring, Maryland.



Camino a la cruz



El conflicto entre el bien y el mal, Dios y Satanás, tuvo su desenlace en un monte llamado Calvario.

El bullicio de la gran ciudad, con más de tres millones de habitantes, se sentía por doquier. Era un hermoso día, soleado, con una temperatura agradable. Nada parecía perturbar la paz del momento, cuando de pronto, a siete minutos de las cinco de la tarde, se escuchó un estruendo espantoso. Al decir de unos sobrevivientes, “parecía una terrible y gigantesca serpiente que brotaba de la tierra para tragarse todo a su paso”. El terremoto de 7.0 en la escala de Richter duró solo 38 segundos. En ese corto tiempo, más de doscientas mil personas quedaron sepultadas bajo los escombros; la mayoría sin vida. Miles y miles de heridos, y millones sin hogar. Sin nada. Lo perdieron todo. En segundos, todo cambió.

Era el 12 de enero de 2010, y la ciudad de Puerto Príncipe, Haití, estaba destruida. Equipos de rescate de varias partes del mundo arribaron a Haití con el propósito de ayudar, y en forma milagrosa lograron rescatar con vida a 134 personas. Uno de los casos más impresionantes fue el de Wismond Exantus, un joven de 24 años que pasó once días sepultado junto a cadáveres. Cuando ya el gobierno de ese país y las Naciones Unidas habían dado por terminadas las labores de rescate y empezaba la limpieza de los escombros, un equipo de rescate francés trabajó incansablemente y rescató con vida a Wismond.

Es difícil imaginar el horror, el sufrimiento de quedar sepultado vivo y sentir cómo la vida se está terminando poco a poco. ¿Qué pensamientos

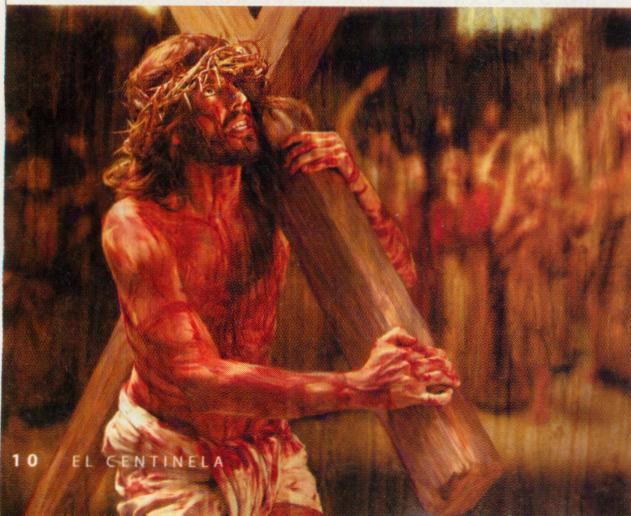
habrán cruzado por la mente de Wismond?

¿Habrán clamado a Dios por un milagro?

Seguramente sí. Once días en completa oscuridad, inmobilizado, con los fétidos olores de los cadáveres que estaban junto a él. El olor a muerte lo rodeaba, y tal vez la desesperanza. De pronto se produjo el milagro y fue rescatado. Qué tremenda emoción experimentó la gente que vio el rescate. Todos aplaudían y lloraban.

Ese cuadro describe muy bien la situación de la humanidad. Cierta día, la “serpiente antigua” brotó desde la tierra con rabia increíble para devorar todo a su paso. Un gran estruendo resonó en el universo entero (Apocalipsis 12:9). En ese día el pecado entró a este mundo. Y con él, el miedo, el dolor, el sufrimiento, la separación, la angustia, la enfermedad y la muerte. La raza humana quedó sepultada y sin esperanza de rescate. Ahora estaba maldita, después de haber gozado la paz y la bendición de Dios. Ahora estaba atrapada, sin salida, sin solución. Solo le esperaba la muerte. Y cuando todo estaba perdido, se realizó el milagro: Jesús, el Príncipe de paz, Emanuel (ver S. Mateo 1:23), vino a este mundo a hacerse cargo de la condenación y la maldición que pesaba sobre nosotros. La Biblia describe vívidamente el horrible efecto del pecado sobre la raza humana: “Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente... no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga” (Isaías 1:5, 6).

A causa de que el ser humano estaba condenado a morir eternamente, la única manera de abrir una puerta de esperanza era el sacrificio sustitutivo del único hombre justo: Jesucristo. Más de setecientos años antes de que naciera en Belén de Judá, el profeta Isaías reveló cómo se pagaría el rescate: “Fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:3-5).



El autor es vicepresidente de la Iglesia Adventista del Séptimo Día a nivel mundial.



En Cristo se elimina la distancia entre el Padre y nosotros.

Camino al Padre

Muchas personas en este mundo sufren el rechazo de su padre. Hace poco entrevisté a una señora afligida por la relación conflictiva entre su esposo y su hijo. Leonardo era un joven apuesto e inteligente que acababa de cumplir 19 años, pero sufría el desprecio de su padre.

Cuando Leonardo nació, el padre se sintió chasqueado porque deseaba tener una niña. Lo rechazó desde ese día, a pesar de que el niño era hermoso y saludable. La madre, para compensar el cariño que su esposo le negaba, le demostraba amor en abundancia, y esto enfadaba aun más a su esposo, porque sentía celos del niño. Sin embargo, todo el amor de la madre no era suficiente para saciar las necesidades de Leonardo, pues siempre estaba mendigando el amor de su papá. La carencia afectiva con la que creció el niño lo llevó a actuar en forma extraña. Por ejemplo, cuando su padre estaba en la casa, lo perseguía por todos lados como si fuera su sombra. Cuando el papá terminaba de comer y dejaba restos de alimentos en el plato, Leonardo los devoraba, aunque su propio plato estuviera lleno de la misma comida. Siempre dormía abrazado de alguna prenda de vestir de su padre, y por la mañana la escondía bajo la almohada.

A pesar de sus carencias afectivas, Leonardo había desarrollado talentos prominentes que apuntaban a una carrera científica, y ahora que había llegado el tiempo de elegir una profesión, la madre le preguntó a qué universidad le gustaría asistir. Leonardo le contestó que a ninguna, porque él quería ser camionero como su padre. Era evidente que por su carencia estaba sacrificando sus propios talentos y preferencias personales. Todo en la búsqueda de un amor que nunca recibió.

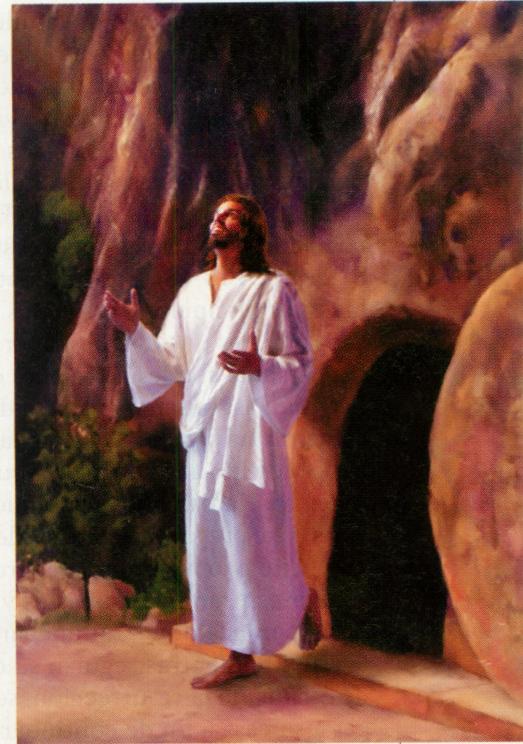
Jesús también sufrió el rechazo de su Padre. Pero ese rechazo tuvo un sentido totalmente opuesto al de los padres terrenales que abandonan afectivamente a sus hijos.

Nuestro Salvador, que a través de toda su vida en esta tierra se había dedicado a proclamar a un mundo caído la misericordia y el amor perdonador de su Padre, debió probar también la amargura del abandono de su progenitor. Al tomar sobre sí el

enorme peso de la culpabilidad de nuestros pecados, sin poder ver el rostro maravilloso de su Padre, en momentos de indescriptible angustia, sintió que de él se había alejado el amor de Dios. Había dejado de lado sus derechos divinos para poder salvarnos. Temía ahora que el pecado fuera demasiado ofensivo para él, y que su separación fuera eterna. En su angustia clamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (S. Mateo 27:46). Sin embargo, nuestro Padre celestial se separó de su propio Hijo no porque no lo amara, sino para salvarnos a través de él. El domingo de madrugada, el Hijo de Dios resucitó triunfante para reunirse con su Padre y el Espíritu Santo en el círculo de amor de la Trinidad.

Todos necesitamos recibir el amor sincero e incondicional de nuestros padres terrenales. Carecer de él es vivir a medias, sujetos a la inseguridad, la depresión y la anemia emocional.

Pero el encuentro personal con Dios en Cristo, por el poder de su Santo Espíritu, tiene la virtud de llenar nuestras vidas con su vida, y plenamente llenare el vacío angustioso de nuestros corazones. El que recibe a Jesús, recibe al Padre (ver S. Juan 13:20, S. Lucas 9:48), y experimenta el impacto sanador y transformador de su vida inagotable. En Cristo se elimina la distancia entre el Padre y nosotros.



La autora es administradora de oficinas. Escribe desde Riverside, California.

Camino a Emaús



Jesús quiere ser tu compañero en la senda de la vida.

La vida es maravillosa, pero a veces vivimos en un infierno. Nos asaltan los problemas, las crisis, y no nos da respiro la incertidumbre y el dolor. ¿Cómo te sientes tú en este momento? ¿Hay esperanza en tu vida? ¿Puedes ver la luz al final del túnel? ¿Tienes problemas económicos o de familia? ¿O está enferma tu alma? ¿Estás vacío y desesperado porque no encuentras respuestas a tus luchas?

Quiero decirte algo: *Jesús vive*.

Luego de la crucifixión, dos discípulos de Jesús, uno llamado Cleofas y un familiar de éste, caminaban hacia la pequeña aldea de Emaús que estaba a unos doce kilómetros al noroeste de Jerusalén (ver S. Lucas 24:13-18). Posiblemente habían estado con los otros discípulos y creyentes, y habían escuchado a las mujeres que dijeron haber tenido un encuentro personal con Jesús después de su resurrección. Pero aún así se sentían confundidos, porque no creyeron las palabras de aquellas mujeres. Tampoco habían creído a los once discípulos más cercanos al Maestro. Habían escuchado que Pedro vio la tumba vacía, y se preguntaban: ¿Dónde estará Jesús? ¿Resucitó o lo hicieron desaparecer?

Por eso caminaban tristes y descorazonados. Sin esperanza ni fe. Caminaban bajo la sombra de la cruz. Y mientras seguían su camino al atardecer de ese día de la resurrección, se apuraban para llegar a su casa a fin de continuar meditando en los hechos de ese fin de semana y estudiando las Escrituras. Pero mientras hablaban de sus vidas, Jesús, a quien no habían reconocido, caminaba a su lado, y durante casi dos horas los escuchó y habló con ellos. Jesús quería animarlos y consolarlos, porque tal era el pesar de ellos que ni siquiera se dieron cuenta de que su nuevo compañero de viaje era el Salvador.

Como aquellos hombres, tú y yo caminamos muchas veces por la senda de la vida con una carga de dolor y tristeza en nuestro corazón. ¿Hoy

te sientes solo? ¿Has llorado últimamente? ¿Te has sentido deprimido y piensas que ya no quieres vivir más en este mundo? ¿Continúas caminado descorazonado y sin saber adónde ir? Entonces quiero decirte: *Jesús vive*. Jesús siempre estará a tu lado y nunca te dejará ni te abandonará. Él ha resucitado. La tumba está vacía. Él vive y quiere darle a tu vida un nuevo sentido.

Escucha cómo culmina el relato del encuentro de Jesús con estos discípulos. Entonces Jesús les preguntó: “¿Por qué estáis tristes?” (S. Lucas 24:17). Ellos le contestaron: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?” (vers. 18). Y él les contestó: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!” (vers. 25).

Luego de mostrarles con las Escrituras que todas aquellas cosas que habían ocurrido en Jerusalén aquel fin de semana habían sido profetizadas, los animó y los consoló. Entonces, los dos discípulos “lo obligaron a quedarse” (vers. 29) con ellos para pasar juntos la noche y así poder hablar. Y allí, luego de recibir al Rey del universo en el seno de su hogar, “les fueron abiertos los ojos” (vers. 31) y se regocijaron y se convencieron de que *Jesús vive*.

¿Estás dispuesto a abrir tu corazón para que habite el Rey del universo en tu vida? ¿Quieres hoy abrir tu casa a Jesús, como lo hicieron los dos discípulos que se encontraron con el Resucitado, camino a Emaús?

El autor es director de las iglesias adventistas hispanas en California, Arizona, Nevada y Utah.





Camino al cielo

Todo lo que hizo Jesús fue con el propósito de salvarnos, de reunirse nuevamente con las criaturas que tanto ama.

Dicen que el camino al infierno está pavimentado con buenas intenciones. Es posible que sí. No solo porque las buenas intenciones se ahogan con frecuencia en la arena movediza del simple deseo, sino porque las obras humanas, por buenas que sean, nos llevan a cualquier lugar, menos al cielo.

Un sendero de dolor

El camino al cielo es un sendero angosto hecho de dolor y de sangre; de sufrimiento y de lágrimas, de angustia y de soledad. No lo recorremos en base a esfuerzos humanos. Nosotros seríamos incapaces de pagar el precio de nuestra propia redención.

Un día nos descarriamos como ovejas sin pastor, en busca de horizontes egoístas, pecaminosos y carnales. ¿Qué nos restaba, después de eso, sino la noche oscura de la muerte? ¿A dónde podríamos ir cargando el fardo terrible del pecado y de sus funestas consecuencias? Estábamos perdidos. El profeta Isaías dice lo siguiente refiriéndose a la trágica situación del pecador:

“Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite” (Isaías 1:5, 6).

Este es un cuadro patético. No había salida para nuestra situación, ni solución para nuestro drama, ni bálsamo curador para nuestra herida. El camino de sangre que habíamos escogido no nos conducía al cielo, sino a la muerte eterna. Pero el profeta Isaías luego escribió: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5).

Él tomó tu lugar

Este texto habla de sustitución. Alguien ocupó nuestro lugar, lloró nuestro dolor, cargó nuestras cargas y finalmente murió nuestra muerte. Aquella noche triste en que los discípulos caminaban el

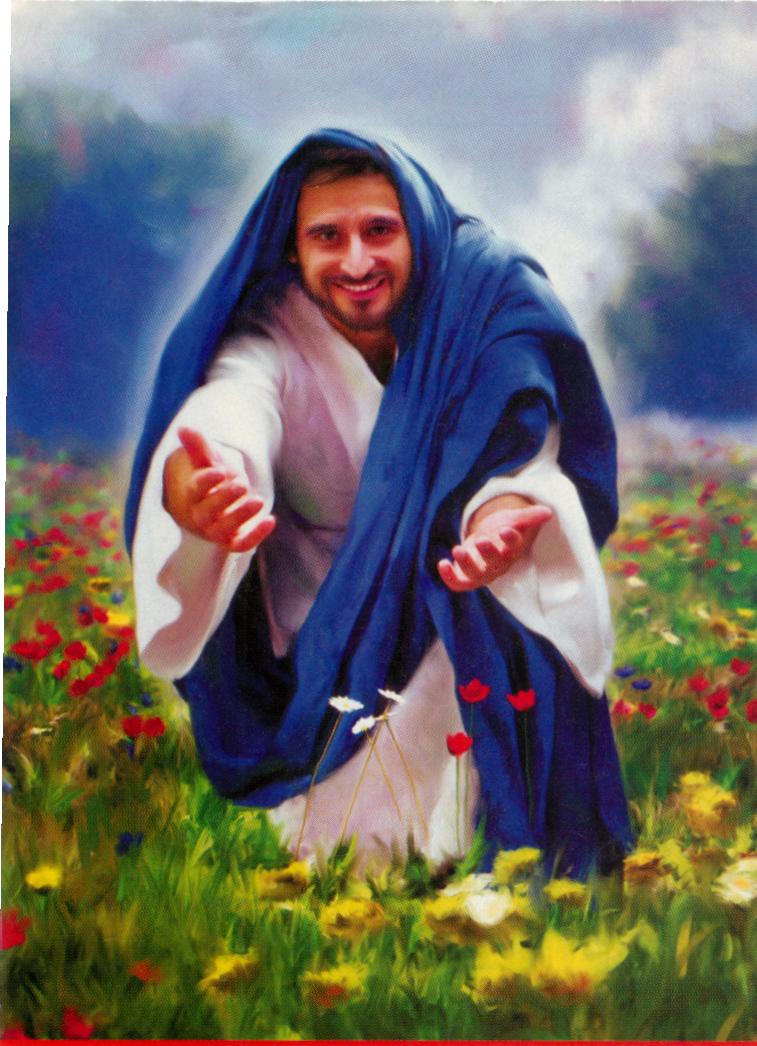
camino a Jerusalén, no percibían que en realidad estaban iniciando el camino al cielo, y que ese camino pasaría por el dolor, el Calvario, la cruz y la muerte de Jesús.

Para los discípulos tal vez fuese una noche como cualquier otra. Ellos no sabían que se aproximaba el momento supremo, la hora crucial en que el amor y el dolor se abrazarían, el instante del sacrificio mayor, de la entrega infinita, de la sustitución. El Rey de reyes y Señor de señores, creador del universo y dueño absoluto de los cielos y de la tierra, descendería a los niveles más profundos de la humillación. Sería clavado como un paria, en una cruz reservada para los peores delincuentes. Pagaría el precio de la redención humana con su sangre. Rescataría al hombre del poder de la muerte, lo colocaría en el reino de la vida y le prepararía el camino al cielo.

¿Por qué crees que Jesús se dirigió aquella noche al templo, y después al aposento alto para celebrar la Pascua con sus discípulos? Porque el camino al cielo pasa, en esta tierra, por el templo y también por la unidad de los seguidores de Jesús. Jamás digas que encontraste a Jesús y que caminas con él, si no estás en su iglesia y si no vives en espíritu de unidad con los otros creyentes.

¿Por qué crees que después del aposento alto, Jesús se dirigió al Getsemaní? Porque el camino al cielo, mientras peregrines en este mundo, no está libre del sufrimiento. Jamás huyas de tu Getsemaní. Aprende a convivir con el dolor, mediante la dependencia de tu Padre celestial. El Getsemaní no es solo símbolo del dolor sino también del poder que viene a través de la oración.

¡Ven conmigo al huerto! Es noche oscura. Más oscura que todas las oscuras noches de la vida. Después de orar, el Señor Jesús es tomado preso y llevado al tribunal. ¿Por qué crees que no se defiende? ¿Por qué acepta en silencio las acusaciones malvadas de sus opresores? Él es inocente. No tiene culpa. Sin embargo, te está preparando el camino al cielo, y no hay cielo sin juicio.



No te asustes al pasar por el juicio. Solo temen al juicio los culpables, pero aquella noche terrible, Jesús te aseguró que si recibes su perdón y eres cubierto por su manto de justicia, nada tienes que temer porque fuiste liberado de tus pecados. Él fue condenado sin culpa para que tú fueses absuelto.

Después de ser juzgado y condenado, Jesús fue conducido al Calvario y colgado entre dos ladrones que habían malgastado su vida recorriendo los caminos del mal. ¿Por qué? ¿No podría haber escogido a dos personas honorables, sin tacha moral, para morir entre ellas? ¡Claro que podía, pero él había venido al mundo para salvar a los que se habían perdido (ver S. Lucas 19:10). Había vivido entre ellos, a pesar de ser criticado y malentendido, y finalmente, cuando llegó la hora de morir, decidió hacerlo entre dos pecadores, para decirles que les estaba abriendo el camino al cielo.

Al ver a Jesús que agonizaba, uno de ellos, tocado por el dolor de Cristo, suplicó: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. La oración no había salido de su boca cuando la respuesta llegó: “De cierto te digo... estarás conmigo en el paraíso” (S. Lucas 23:42, 43). ¿Por qué Jesús tenía autoridad para afirmar tal cosa? Por una simple razón. Él era el camino al cielo. Un día le dijo a Tomás: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (S. Juan 14:6). Jesús es el

camino al Padre. Nadie llegará al cielo sin Jesús.

Todos los seres humanos estábamos condenados a la muerte por causa del pecado. No había cielo para el pobre pecador. Pero el Señor Jesucristo aceptó cargar en su cuerpo la maldición del pecado. Por eso murió en la cruz. El amor divino se manifestó a raudales en la cruz del Calvario. Jesús murió porque quiso. Nadie lo obligó. Él no tenía el deber de salvar al ser humano. Lo salvó por amor. La lógica dicta que Dios solo tenía la obligación de salvar al pecador si este merecía la salvación. Pero nosotros no merecíamos nada, a no ser la muerte. Fue su amor, únicamente su amor lo que superó la lógica. Un amor incomprendido, un amor muchas veces rechazado, un amor infinito, y eterno.

El llamado de Jesús

En las horas de dolor y desesperación, cuando sientas que el peso de la culpa te atormenta, cuando mires a todos los lados y no veas salida para el camino de muerte que escogiste, mira a la cruz del Calvario y pregúntate. ¿Por qué murió el Señor Jesús? Estaba pagando el castigo que el pecado trae consigo. No el suyo. A él nadie pudo acusarlo de pecado. Estaba allí simplemente por amor. Te estaba entregando el don maravilloso de la salvación, te estaba abriendo el camino al cielo.

¿Cuánto tienes que pagar? Nada. Es gratis. No para Jesús. Él nos alfombró el camino al cielo con su dolor, con su agonía y con su sangre. ¡Míralo agonizando en la cruz del Calvario! ¡Míralo suplicando perdón por sus enemigos! ¡Escúchalo orando: “En tus manos encomiendo mi espíritu!” (S. Lucas 23:46) ¡Óyelo exclamando victoriosamente: “Consumado es” (S. Juan 19:30)!

No hay más nada que hacer. El precio ya fue pagado. No existe más deuda. Estás redimido, rescatado y libre. Solo nos resta aceptar el rescate. Es lo único que Jesús no puede hacer por ti. Él toca la puerta de tu corazón y te dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20). ¿Qué harás con la invitación? La respuesta es solo tuya. Allí, donde estás, abre tu corazón por medio de la oración y recibe la salvación ganada en la cruz.

El autor es evangelista internacional con sede en Brasilia, Brasil.

EN EL PRÓXIMO NUMERO

HACIA EL BIENESTAR EN LA FAMILIA
LAS DIEZ REGLAS PARA UN MATRIMONIO FELIZ
UNA SOLUCIÓN REAL PARA LAS DIFICULTADES
MATRIMONIALES

LO QUE LA BIBLIA ENSEÑA ACERCA DEL PERDÓN DE LOS PECADOS

EL ÚNICO CAMINO DE SALVACIÓN

1. ¿Gracias a quién y a qué somos salvos? (1 Pedro 2:24)

2. ¿Cuánto cuesta la salvación? (Romanos 3:24)

OBTENIENDO EL PERDÓN

3. ¿Qué reconocimiento sincero debe experimentar el pecador? (S. Lucas 18:10-14)

4. ¿Qué sentimiento profundo es indispensable? (Hechos 2:37, 38)

5. ¿Qué se debe hacer con los pecados? (Salmo 32:3-5)

LA DULCE SEGURIDAD DEL PERDÓN

6. ¿Qué maravilloso ofrecimiento hace Dios? (Isaías 1:18)

7. ¿Cuán completo es el perdón divino? (Isaías 43:25)

¿QUÉ DEBO HACER?

1. Arrepentirme de todo corazón (Hechos 3:19)

2. Confesar todos los pecados (1 Juan 1:9)

3. Experimentar la conversión (Ezequiel 36:25-27)

MI RESOLUCIÓN

Creo en lo que la Palabra de Dios enseña sobre el perdón de los pecados y deseo recibir la dulce seguridad de que, gracias al sacrificio de Jesús, soy aceptado ante Dios como si nunca hubiese pecado.



CONOZCÁMONOS MEJOR

OESTE DE LOS ESTADOS UNIDOS Y HAWAII

Los Estados de California, Arizona, Nevada, Utah y Hawaii, ofrecen algunos de los panoramas más hermosos de los Estados Unidos. Al Estado de California se lo conoce como el *Golden State*. Tiene 34 millones de habitantes, y continúa creciendo a un ritmo vertiginoso. A fines de 1800, millares de familias emigraron a California para explotar minas de oro y plata en busca de un futuro mejor.

Sus famosos puentes, los conocidos *Golden Gate* y *Bay Bridge*, y sus hermosas playas de la costa del Pacífico, que abarca 2.022 kilómetros de norte a sur, son un atractivo turístico para millones de personas. También lo son el denso verdor de los bosques de Yosemite y la famosa montaña "El Capitán", que es el monolito más grande de granito de todo el mundo. El Gran Cañón del Río Colorado es una de las maravillas del mundo.

En los Estados del oeste de los Estados Unidos viven millones de personas que representan las naciones hispanas del mundo entero. Querido lector, reciba esta nota como una invitación para visitar una de las 168 congregaciones adventistas hispanas en el área, que lo esperan con las puertas abiertas. Llame ahora al número más cercano a usted.

Saludos y bendiciones para cada uno de ustedes.

Jorge P. Soria,
Asistente del Presidente para los Ministerios Hispanos



PACIFIC UNION CONFERENCE
2686 Townsgate Road
Westlake Village, CA 91361
Tel. 805/497-9457

ARIZONA CONFERENCE
13405 North Scottsdale Road
Scottsdale, AZ 85254
Tel. 480/991-6777

CENTRAL CALIFORNIA CONFERENCE
2820 Willow Avenue
Clovis, CA 93612
Tel. 559/347-3000

HAWAII CONFERENCE
2728 Pali Highway
Honolulu, HI 96817
Tel. 808/595-7591

NEVADA-UTAH CONFERENCE
1095 East Taylor Street
Reno, NV 89502
Tel. 775/322-6929

NORTHERN CALIFORNIA CONFERENCE
401 Taylor Boulevard
Pleasant Hill, CA 94523-0165
925/685-4300

SOUTHEASTERN CALIFORNIA CONFERENCE
11330 Pierce Street
Riverside, CA 92505
909/509-2200

SOUTHERN CALIFORNIA CONFERENCE
1535 East Chevy Chase Drive
Glendale, CA 91206
818/546-8400

Si tiene alguna necesidad y desea que nos unamos a usted en oración, lo invitamos a escribirnos, mencionando brevemente su preocupación o problema.

Aunque no podemos comprometernos a contestarle, toda carta será tratada confidencialmente.

Envíe su pedido a: **Círculo de Oración**

EL CENTINELA®
P.O. BOX 5353
NAMPA, ID 83653-5353



RECIBA EL CENTINELA EN CASA

EL CENTINELA es una revista de más de un siglo de historia, dedicada al bienestar de la familia, la salud y los beneficios de la fe cristiana. Por sólo \$11,49* (\$16,99 fuera de los EE. UU.) usted puede recibir EL CENTINELA

durante todo el año en su domicilio. Por favor envíe cheque o giro postal con su nombre y dirección a: **EL CENTINELA®**

P.O. BOX 5353
NAMPA, ID 83653-5353

Puede vernos en Internet en elcentinela.com o adventistbookcenter.com. Puede llamarnos sin cobro en los Estados Unidos al 1-800-765-6955

DESCUBRA EL TESORO DE LA BIBLIA

Deseo inscribirme en un curso bíblico gratuito por correspondencia: Hogar Feliz (10 lecciones)

Descubra (20 lecciones)

NOMBRE
CALLE Y N.º
CIUDAD
PROV. O ESTADO
CÓDIGO POSTAL (ZIP CODE) PAÍS

Envíe este cupón a: **La Voz de la Esperanza**
P.O. Box 53055, Los Angeles, CA 90053
EE.UU. de N.A.

Conózcenos mejor en

elcentinela.com

PERIODICALS

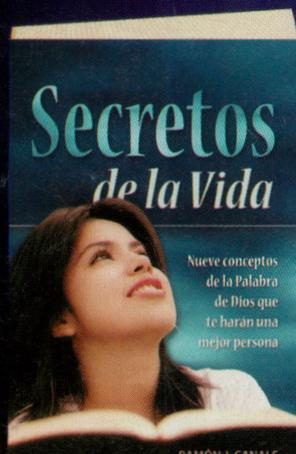
www.elcentinela.com

Secretos de la Vida

Los secretos nos intrigan, nos interesan, y despiertan nuestro instinto de curiosidad. Algunos secretos apenas tienen un valor limitado para quienes los guardan. Pero hay secretos que una vez revelados, pueden desatar consecuencias que cambian totalmente la vida.

Tales son los secretos de Dios. A diferencia de los seres humanos, Dios no tiene interés en mantener oculto lo que puede beneficiarnos. Por eso inspiró a los escritores de la Biblia para que revelaran en forma escrita los secretos que pueden transformar nuestra vida. En las páginas de este libro podrá descubrir nuevas maneras de pensar, y consecuentemente una nueva forma de vivir. Su autor, pastor adventista y evangelista internacional, tiene una prosa sencilla y profunda, cuya fuente es el amor de Dios.

128 páginas.
ISBN 0-8163-9337-0



RAMÓN J. CANALS

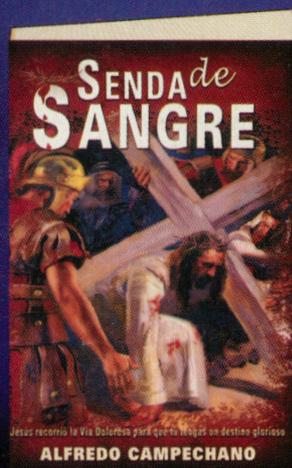
SENDA *de* SANGRE

Una mañana de primavera, el Hijo de Dios caminó la Vía Dolorosa en tu lugar.

Todos los años, la cristiandad celebra la Semana de la Pasión y recuerda los sufrimientos y la muerte de Jesús. ¿Será que entendemos realmente de qué se trataba todo aquello? ¿Por qué tuvo Dios que recurrir a tan cruento remedio? En este pequeño libro encontrará el significado de la Semana Santa, y llegará a apreciar como nunca antes la magnitud del sacrificio del Redentor. Su autor es un escritor y poeta mexicano de

gran sensibilidad, cuya elegante prosa se inspira en su profundo amor por el Cordero de Dios.

128 páginas.
ISBN 0-8163-9321-4



ALFREDO CAMPECHANO

 Pacific Press®

Puede conseguir información y hacer su pedido en www.libreriaadventista.com, o visitar su agencia local de publicaciones adventistas (ABC). También puede llamar al 1-800-765-6955.